

por una serena y voluptuosa languidez, por una luz celestial que derraman sobre las facciones unos ojos azules rodeados de negras pestañas, y por una gracia en la sonrisa, una armonía en las proporciones, una blancura animada de color, una indecible transparencia de cutis, un barniz metálico en el cabello, una elegancia de movimientos, una singularidad de actitudes, y un metal claro y vibrante de la voz, que hacen de la jóven siria la húrta del pairaso de los ojos. Esas hermosuras admirables y variadas son tambien muy comunes; nunca ando una hora por el campo sin encontrarme algunas que van á las fuentes ó vuelven con sus urnas etruscas sobre el hombro, y con las piernas desnudas rodeadas de brazaletes de plata; los hombres y los muchachos van el domingo á sentarse, por todo descanso, sobre esteras tendidas al pié de algun corpulento sicomoro, no lejos de una fuente; allí se están inmóviles todo el dia, contando historias maravillosas, bebiendo de cuando en cuando una taza de café ó de agua fresca; otros se van á la cima de los collados, y allí se los ve tranquilamente agrupados entre sus viñas ó sus olivos, gozando con delicia de la vista del mar que señorean aquellas alturas, de la transparencia del cielo, del canto de las aves y de todos aquellos instintivos placeres del hombre puro y sencillo que nuestras poblaciones han perdido por la estrepitosa algazara de la taberna ó los vapores de las orgías. Jamas esce-

nas mas bellas de la creacion se vieron pobladas y animadas por mas puras y hermosas impresiones; la naturaleza aquí es un himno perpetuo a la bondad del Criador, y ningun tono falso, ningun espectáculo de miseria ó de vicio, turban, para el extranjero, la hechicera armonía de este himno;—hombres, mugeres, aves, brutos, árboles, montañas, mar, cielo, clima, todo es bello, todo es puro, todo es espléndido y religioso.

19 de Noviembre 1832.

Esta mañana fuí de madrugada con Julia á pasear por la colina que los griegos llaman San Dimitri, á cosa de una legua de Berút, en el camino del Líbano, y siguiendo oblicuamente la curva de la línea del mar. Dos de mis árabes nos acompañaban uno para guiarnos, y otro para ir al lado del caballo de Julia y recibirla en sus brazos si se alborotaba el caballo. Cuando las senderos eran demasiado rápidos, nos apeábamos un momento y recorriamos á pié los terrados naturales ó artificiales que forman una serie de escalones de verdura de todo el collado de San Dimitri. Muchas veces en mi niñez me he representado aquel paraiso terrenal, aquel Eden de que todas las naciones conservan un recuerdo, ya como un hermoso sueño, ya co-

mo una tradicion de un tiempo y de un pais mas perfectos; he seguido á Milton en sus deliciosas descripciones de aquella encantadora morada de nuestros primeros padres; pero esto, como en esta naturalza escede infinito á la imaginacion, Dios no ha concedido al hombre la facultad de alcanzar con su imaginacion la belleza de sus obras. Yo habia soñado el Eden, y ahora puedo decir que le he visto.

Luego que hubimos caminado media hora, bajo los arcos de nopalos que encajonan todos los senderos del llano, empezamos á subir por caminitos mas angostos y escarpados, que todos llegan á mesetas sucesivas, desde donde sucesivamente se va descubriendo mejor el horizonte de la campiña, del mar y del Líbano. Aquellas mesetas, de mediana anchura, están todas rodeadas de árboles desconocidos en nuestros climas, y cuya nomenclatura ignoro por desgracia; pero su tronco, la estension de sus ramas, las formas nuevas y estrañas de sus copas cónicas ó piramidales ó en forma de alas, dan á aquella cenefa de vegetacion una gracia y una novedad de aspecto que caracterizan muy bien el Asia. Su follage tambien tiene todas las formas y todos los matices, desde la negra verdura del ciprés hasta el verde gris del olivo, hasta el amarillo del limonero de la China, cada una de las cuales bastaria para guarecer del sol la frente de un niño, hasta las ligeras recortaduras del árbol del té, del granado y de otros innumerables arbus-

tos cuyas hojas se parecen á las del peregil, y forman como una leve cortina de encages vegetales. A lo largo de aquellas cenefas de arbolado reina una cenefa de verdura que se cubre de flores á su sombra. El interior de las mesetas está sembrado de cebada, y en algun rincon, dos ó tres copas de palmeras ó la sombría y redonda cúpula del colossal algarrobo, iudican el sitio donde un cultivador árabe ha construido su cabaña, rodeada de algunos majuelos, de un foso defendido por empalizadas verdes de higueras de la India, cubiertas de sus espinosos frutos, y de un pequeño huerto de naranjos sembrados de claveles y de alelies para adorno del cabello de sus hijas. Cuando por casualidad el sendero nos conducia á la puerta de aquellas casas hundidas, como nidos humanos, en aquellas olas de verdura, no veiamos en la fisonomía de sus felices y honrados moradores ni sorpresa, ni disgusto, ni cólera. Saludábannos, sonriéndose al ver la hermosura de Julia, con el piadoso saludo de los orientales: *Saba el Kair*, bendito sea el dia para vosotros. Algunos nos suplicaban que nos parásemos bajo sus palmeras; traian, con arreglo á sus facultades, una estera ó una alfombra, y nos ofrecian frutas, leche ó flores de su jardin: á veces aceptábamos y les prometiamos volver á llevarles á nuestra vez alguna cosa de Europa; pero su cortesía y su hospitalidad no eran en manera alguna interesadas. Esta gente quiere de veras

á los Francos, que saben curar todas las enfermedades, que conocen las virtudes de todas las plantas y adoran al mismo Dios que ellos.

De una de aquellas mesetas subiamos á otra, y siempre veiamos las mismas escenas, las mismas cercas de árboles, el mismo mosaico de vegetacion en el terreno que rodean; solamente que de meseta en meseta, el magnífico horizonte se ensanchaba, las mesetas inferiores se estendian como tableros de damas de todos colores, donde los setos de arbustos, aglomerados y agrupados por la óptica, formaban bosques y manchas sombrías bajo nuestros piés. Seguimos aquellas mesetas de colina en colina, bajando de cuando en cuando á los valles que la separan,—valles mil veces mas umbrosos, mas encantadores aún que las colinas,— todos velados por las cortinas de árboles de los terrados que los dominan, todos sepultados en aquellas olas de aromática vegetacion, pero todos sin embargo, con un estrecho boquete por donde se estendia la vista sobre el llano y el mar. Como el llano desaparece á causa de la elevacion de estos valles, parece que estos desembocan inmediatamente sobre la playa; sus árboles se destacan en negro sobre el azul de las olas, y á veces nos divertiamos, sentados al pié de una palmera, en ver las velas de los buques, que estaban en realidad á cuatro ó cinco leguas de nosotros, deslizarse lenta-

mente de un árbol á otro como si hubieran navegado por un lago, cuya inmediata margen formaban aquellos valles.

Llegamos en fin, por pura casualidad, al mas completo y encantado de aquellos paisages.

—Volveré á él muchas veces.

Fórmale un valle superior, abierto de oriente á occidente, y encajonado en los pliegues de la última cordillera de colinas que avanza sobre la gran vega por donde corre el NARTH-Berut. Nada puede describir la prodigiosa vegetacion que alfombra su fondo y sus laderas; aunque, por ambos lados, sus paredes son de piedra, están á tal punto cubiertas de líquenes de toda especie, tan empapadas de la humedad que destilan gota á gota, tan vestidas de brezos, de helechos y de arbustos arraigados en sus imperceptibles grietas, que es imposible imaginar que aquello que vegeta así es la roca viva. El piso es una tupida alfombra de uno ó dos pies de densidad, un terciopelo de vegetacion fecunda, matizada de tintas y de colores, sembrado por donde quiera de ramilletes de flores desconocidas, de mil formas, de mil colores, que ora duermen inmóviles como las flores pintadas en un lienzo tendido en nuestros salones; ora, cuando la brisa del mar se desliza por ellas, se levantan con yerbas y los ramos, de donde se escapan como la seda de un animal á

quien acariciamos á contra-pelo, se matizan de tintas ondeantes, y semejan un rio de verdura y flores. Entonces salen de aquella espesura bocanadas de deliciosos aromas, multitudes de insectos de alas de mil colores, innumerables pajarillos que van á posarse en los vecinos árboles; el aire está poblado de sus gorgoros que se responden, del zumbido de enjambres de abispas y de abejas y de aquel sordo murmullo de la tierra en primavera, que se toma, con razon tal vez, por el rumor sensible de las mil vegetaciones de su superficie. Las gotas de rocío de la noche caen de cada hoja, brillan sobre la yerba y refrescan el suelo de aquel pequeño valle á medida que el sol se eleva y empieza á hacer resbalar sus rayos sobre las altas cimas de los árboles y de las rocas que le rodean.

Almorzamos allí, sobre una piedra, á la entrada de una caverna donde se habian refugiado dos gacelas al ruido de nuestras pisadas. Nos guardamos muy bien de turbar el asilo de aquellos hermosos animales, que son á aquellos desiertos lo que el cordero es á nuestros prados, lo que las palomas domesticadas son á los tejados y á los patios de nuestras cabañas.

Todo el valle estaba tapizado con las mismas móviles cortinas de ramage, de musgo, de vegetacion; no podiamos reprimir una exclamacion á cada paso; no me acuerdo de haber visto nunca tanta vida en la naturaleza, acumulada y rebo-

sando en tan pequeño espacio. Seguimos aquel valle en toda su longitud, sentándonos de cuando en cuando donde la sombra nos parecia mas fresca, y dando aquí y allí una palmada en la yerba para hacer saltar las gotas de rocío, las bocanadas de aromas y las nubes de insectos que se alzaban de su seno como polvo de oro. ¡Cuán grande es Dios! ¡Cuán profunda é infinita debe ser la frente de donde emanan todas esas vidas, y esas bondades! Si hay tanto que ver y admirar en un solo pequeño rincon de la naturaleza, ¿qué será cuando se descorra el telon de los mundos para nosotros, y contemplemos el conjunto de la obra sin fin? Es imposible ver y reflexionar sin sentirse inundado de la evidencia interior en que se refleja la idea de Dios. Toda la naturaleza está sembrada de espléndidos fragmentos de aquel espejo en que se pinta Dios!

Al llegar hácia la embocadura occidental del valle, el cielo se ensancha, sus laderas se rebajan, su declive vá inclinándose ligeramente, las cimas, brillantes con la nieve del Líbano, se alzan en el cielo velado con ardientes vapores; baja uno con la mirada, desde aquellas nieves eternas á aquellas negras manchas de pinos, de cipreses ó de cedros, luego á aquellas profundas barrancas donde la sombra reposa como en su nido; luego, en fin, á aquellos picos de peñascos de color de oro, á cuyo pié se estienden los altos Maronitas y las aldeas de

los Drusos; todo acaba en una cenefa de selvas de olivos que mueren en los bordes de la llanura. La llanura misma, que se estiende entre las colinas donde estábamos y aquellas raices del alto Líbano puede tener una legua de anchura; como forma mucho recodos, no abarcábamos con la vista mas que sobre unas dos leguas de su longitud; lo restante nos lo ocultaban unos collados cubiertos de negros bosques de pinos. El NARTH-Berut, ó rio de Berut, que se escapa à algunas millas de allí de una de las mas profundas y pedregosas gargantas del Líbano, divide la llanura en dos. El rio corre graciosamente muy caudaloso, ya ceñido entre sus márgenes coronadas de juncos, semejantes á plantíos de azucar, ya estravasado en las verdes praderas, ó bajo los lentiscos, y dejando de trecho en trecho como pequeños lagos brillantes en el llano. Todas sus orillas están cubiertas de vegetacion, y distinguíamos en ellas manadas de cabras, búfalos negros, vacas blancas, borricos y caballos, esparcidos por aquellos prados, y muchos pastores árabes que vadeaban el rio montados en sus camellos. Véanse tambien mas lejos, en las primaveraes vertientes de las montañas, monges maronitas, vestidos con su hábito negro, con capucha de marinero, que conducian silenciosamente el arado bajo los olivos de sus tierras: de cuando en cuando se oia la campana de sus conventos que los llamaba á la oracion. Entonces paraban sus bueyes, soltaban

el arado, é hincándose de rodillas algunos minutos dejaban que respirase su ganado, mientras ellos elevaban sus almas al cielo. Avanzando todavia mas y principiando á bajar hácia el rio, descubrimos de repente el mar que nos habian ocultado hasta entonces las laderas del valle, y el desembocadero mas ancho del NARTH-Berut que se perdia en él. No lejos de aquel desembocadero, un puente romano casi arruinado, de arcos muy altos y sin antepecho, atraviesa el rio; una larga caravana de Damasco, que iba á Alepo, pasaba por él en aquel mismo instante; veíamos á los que la componian ir desfilando uno á uno, cuales montados en dromedarios, cuales á caballo, salir de los juncos que sombrea los estribos del puente, subir lentamente à lo alto de los ojos, destacarse allí un momento sobre el azul del mar con su cabalgadura y su estraño y vistoso traje, luego volver á bajar de aquella cima de ruinas y desaparecer con su larga fila de asnos y de camellos entre los cañaverales, las adelfas y los plátanos que cubren la otra margen del rio. Un poco mas lejos se les veia aparecer de nuevo en la playa arenosa adonde las altas oleadas arrastraban su franja de espuma hasta bajo los pies de las caballerías. Inmensos peñascos tajados perpendicularmente, de un cabo avanzado, los ocultaban en fin, y prolongándose en el mar, limitaban el horizonte por aquel lado. En el desembocadero del rio, el mar era de dos colo-

res, azul y verde á lo léjos, y estaba como salpicado de diamantes; amarillo y sin lustre en el punto en que las aguas del rio luchaban con sus olas, y las teñian con su arena de oro que arrastran sin cesar á aquella rada. Diez y siete buques, surtos en aquel golfo, se mecian peadamente sobre las densas oleadas que le surcan siempre, y sus mástiles se alzaban y se doblegaban como juncos al soplo de los vientos. Unos tenian sus mástiles pelados como árboles de invierno; otros, estendiendo sus velas para hacerlas secarse al sol, se asemejaban á aquellos grandes pájaros blancos de estos mares que se ciernen sin que se vean temblar sus alas. El golfo, mas brillante que el cielo que le cubre, reflejaba una parte de las nieves del Líbano, y los monasterios almenados, construidos en los picos de los promontorios. Algunas barcas de pescadores pasaban á todo trapo é iban á guarecerse en el rio. El valle bajo nuestros piés, las pendientes hácia el llano, el rio bajo los ojos piramidales, el mar con sus ensenadas en las peñas, la inmensa mole del Líbano con los innumerables accidentes de su estructura; aquellas piràmides de nieve que iban á hundirse, como conos de plata, en las profundidades del cielo donde el ojo la buscaba como si fueran estrellas, los insensibles rumores de los insectos alrededor nuestro, el canto de mil pájaros sobre los árboles, los mugidos de los búfalos ó los gemidos casi humanos del camello de las caravanas; el sordo

y periódico rugido de las olas estrellándose en la arena en el desagüe del rio; el horizonte sin fin del Mediterráneo; el horizonte serpeante y verde del cauce del NARTH-Berut, á la derecha; la almenada y gigantesca pared del Líbano, en frente; la radiante y serena bóveda del cielo, cortada únicamente por las cimas de los montes ó por las copas cónicas de los árboles; el tibio temple, el perfume de la atmósfera, en la que parecia que nadaba todo aquello, como una imágen en las transparentes aguas de un lago de Suiza; todas aquellas sombras, toda aquella luz, todas aquellas impresiones, formaban, de aquella escena, el mas sublime y gracioso paisaje que jamas ha encantado mis ojos! ¿Pues y Julia? toda trémula y radiante estaba de asombro y deleite interior; y yo, ¡yo tenia que grabar aquellos magníficos espectáculos en su imaginacion de niña! Mejor se pinta Dios en ellos que en los renglones de un catecismo; en ellos se le ve pintado con rasgos dignos de él; la soberana belleza, la inmensa bondad de una naturaleza perfecta, le revelan, tal cual es, al alma del niño; esa belleza física y material se traduce para ella un sentimiento de belleza moral. Así como se le hacen ver al artista las estátuas de la Grecia para inspirarle el instinto de lo bello, así es preciso hacer ver al alma juvenil las grandes y hermosas escenas de la naturaleza, para que la imágen que se forma de su autor sea digna de ella y de él.

Volvimos a montar á caballo al pié de la colina, en el llano, en la orilla del rio; atravesamos el puente, subimos algunos verdes collados del Líbano hasta el primer monasterio que se alzaba, como una fortaleza, sobre un pedestal de granito. Los monges me conocian por los informes de sus árabes, y me recibieron en su convento: visité las celdas, el refectorio y las capillas. Los monges, de vuelta del trabajo, estaban ocupados en el espacioso patio en desunir los bueyes y los búfalos; aquel patio parecia el de un gran cortijo, y estaba atestado de aperos, de ganado, de estiércol, de aves, y de todos los instrumentos de la vida rústica. El trabajo se hacia sin ruido, sin gritos, pero sin afectacion de silencio y como por hombres animados [de una decencia natural, pero no subyugados por una regla severa é inflexible. Los rostros de aquellos hombres eran afables, serenos, y respiraban la paz y el contento; su aspecto era el de una comunidad de labradores. Cuando tocó la campana á comer, entraron en el refectorio, no todos juntos, sino uno á uno, ó dos á dos, segun despachaban antes ó despues sus quehaceres del momento. La comida consistia, y eso lo mismo un dia que otro, en dos ó tres tortas de harina, amasada y secada mas bien que cocida, sobre la piedra caliente;—en agua, y cinco aceitunas adobadas con aceite:—á veces añaden á esto un poco de queso ó de leche aceda:—este es todo el susten-

to de aquellos cenobitas, y le toman de pié ó sentados en el suelo. Todos los muebles de nuestros paises les son desconocidos. Despues de haber asistido á su comida, y comido con ellos un pedazo de torta y bebido un poco de escelente vino del Líbano que nos hizo traer el superior, visitamos algunas de las celdas; todas son iguales. Un cuartito de cinco ó seis piés cuadrados con una estera y una alfombra, á esto se reducen todos sus muebles; algunas imágenes de santos, clavados en la pared, una Biblia árabe, algunos manuscritos siriacos, á esto se reduce todo su ornato. Una larga galería interior, cubierta de bálago, sirve de entrada á todos aquellos cuartos. La vista que se disfruta desde las ventanas del monasterio, y de casi todos estos monasterios, es admirable; las primeras vertientes del Líbano, la llanura y el rio de Berut, las aereas cimas de los bosques de pinos, sobre el horizonte rojo del desierto, de arena; luego el mar ceñido en todas direcciones por sus cabos, sus golfos, sus ensenadas y sus peñascos, con las blancas velas que le cruzan en todos sentidos, tal es el horizonte que siempre tienen á la vista estos monges. Hiciéronnos varios regalos de frutas secas y odres de vino, que cargamos en borricos, y los dejamos para volver por otro camino á Berut. Mas adelante hablaré de ellos.